

CARTA DOMINICAL

14 DE ABRIL DE 2019

ECO DE LA PALABRA

Camino de justicia y misericordia (VII). Pascua de la Iglesia

Recordemos que el conflicto entre “justicia y misericordia” venía motivado por la necesidad de tener un responder a los problemas que vive hoy la Iglesia (exigencia de ley o perdón, normas justas o gracia, sanción o misericordia). Además deseamos recorrer el camino cuaresmal también como Iglesia, sin evadirnos a una mera reflexión o hacia prácticas que aporten soluciones fáciles, sino adentrándonos en el proceso de conversión, propio de este tiempo litúrgico.

La conversión es exactamente la participación en el Misterio Pascual de Cristo. Es hacer de este misterio algo concreto, personal y propio en la vida. Así, hemos de decir que la Iglesia –no solo cada uno– ha de morir y resucitar con Cristo si quiere convertirse, purificarse, avanzar y crecer.

Sobre esto, algunos suelen hablar de “Iglesia crucificada”. Con esta expresión se refieren, bien a la Iglesia en los pobres sufrientes, bien a la Iglesia perseguida como tal. Ciertamente la Iglesia sufre y muere en todos sus hijos que participan en cualquier forma de muerte: pobres, enfermos, marginados, solos, perseguidos... También muere la Iglesia cuando fracasa, comete errores o peca. Son muertes que, como cada uno, ha de asumir con todas las consecuencias. La Carta a los Colosenses nos recuerda: “Dad muerte a todo lo terreno que hay en vosotros; la fornicación, la impureza, la pasión, la codicia y la avaricia, que es una

idolatría... deshaceos de la ira, el coraje, la maldad, las calumnias y la grosería...” (cf. *Col 3,5-8*).

Otros se fijan en la Iglesia resucitada, e incluso glorificada. Con ello no podemos denominar la Iglesia triunfalista o la Iglesia que merecería elogios de cualquier institución humana. Esta Iglesia es engañosa y fácilmente manipulable por el poder. La Iglesia resucitada es la que describe la carta a los Colosenses o el libro del Apocalipsis. Es la Iglesia que vive y transparenta el resplandor de Cristo resucitado.

De Cristo resucitado nace una Iglesia:

- Donde Cristo es todo en todos
- Cuyos miembros se revisten de compasión entrañable, bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, perdón mutuo y amor que todo unifica
 - En la que reina la paz, la Palabra de Dios impregna el diálogo fraterno
 - Y que hace resonar incesantemente el canto de alabanza y agradecimiento (cf. *Col 3,11-16*)

Esta Iglesia es un Pueblo y comunidad de hermanos que ya ha resucitado. Pero “su vida está hoy escondida con Cristo en Dios, hasta que aparezca Cristo, vida nuestra, y ella junta a Él” (*Col 3,3-4*).